

4. LA FAMILIA ANIMA LA SOCIEDAD

A. Canto y saludo inicial

B. Invocación del Espíritu Santo

C. Lectura de la Palabra de Dios

«Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo.
«Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan, «para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos. «Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener? ¿No hacen eso mismo también los publicanos?
«Y si no saludáis más que a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de particular? ¿No hacen eso mismo también los gentiles? «Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial. «Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de lo contrario no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos. «Por tanto, cuando hagas limosna, no lo vayas trompeteando por delante como hacen los hipócritas en las sinagogas y por las calles, con el fin de ser honrados por los hombres; en verdad os digo que ya reciben su paga. «Tú, en cambio, cuando hagas limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; así tu limosna quedará en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará (**Mt** 5, 43 - 6, 4).

D. Catequesis bíblica

1. Habéis oído que se dijo... Pues yo os digo. ¿Por qué educar a nuestros hijos a la generosidad, a la acogida, a la gratitud, al servicio, a la solidaridad, a la paz, y a todas aquellas virtudes sociales tan importantes para la calidad humana de su vida?

¿Qué ventaja obtendrán de ello? Quizás no haya crecimiento de riqueza, de prestigio, de seguridad. Y, sin embargo, sólo cultivando estas virtudes los hombres tienen un futuro en la tierra. Estas crecen gracias a la perseverancia de aquellos que, como los padres, educan a las nuevas generaciones al bien. El mensaje cristiano nos alienta a algo más grande, más bello, más arriesgado y más prometedor: **la humanidad de la familia**, gracias a esa chispa divina presente en ella y que ni siquiera el pecado ha eliminado, **puede renovar la sociedad según el designio de su Creador**. El amor divino nos impulsa por el camino del amor al enemigo, de la entrega al desconocido, de la generosidad más allá de lo debido. La familia participa de la superabundante generosidad de nuestro Dios: por eso puede mirar más lejos y vivir una alegría mayor, una esperanza más fuerte, una mayor valentía en sus decisiones.

Muchas de las palabras de Jesús recogidas en los Evangelios iluminan la vida familiar. Por lo demás, su sabiduría respecto a la vida humana creció gracias al clima familiar en el cual transcurrió gran parte de su existencia: allí conoció el variado mundo de los afectos, hizo experiencia de la acogida, la ternura, el perdón, la generosidad, la entrega. En su familia

constató que es mejor dar que pretender, perdonar que vengarse, ofrecer que aferrar, darse sin escatimar la propia vida. El anuncio del Reino por Jesús nace de su experiencia directa de familia y afecta a todas las relaciones, partiendo precisamente de las familiares, iluminándolas con nueva luz y dilatándolas más allá de los confines de la ley antigua.

Jesús invita a superar una visión egoísta de los vínculos familiares y sociales, a ampliar los afectos más allá del círculo restringido de la propia familia, a fin de que se conviertan en levadura de justicia para la vida social.

La familia es **la primera escuela de los afectos**, la cuna de la vida humana donde el mal puede ser afrontado y superado. La familia es un recurso precioso de bien para la sociedad. Esta es la semilla de la cual nacerán otras familias llamadas a mejorar el mundo.

Pero puede suceder que los vínculos familiares impidan desarrollar el papel social de los afectos. Sucede cuando la familia retiene para sí misma energías y recursos, encerrándose en la lógica del provecho familiar que no deja ninguna herencia para el futuro de la sociedad.

Jesús quiere liberar a la pareja y a la familia de la tentación de encerrarse en sí mismos: «Si amáis a los que os aman... si saludáis sólo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de particular?». Con palabras revolucionarias, Jesús recuerda a quienes le escuchan la «antigua» semejanza con Dios, invitándolos a dedicarse a los demás **según el estilo divino**, más allá de los temores y los miedos, más allá de los cálculos y las garantías de un propio provecho.

Dejando maravillado a quien le escucha, Jesús enseña que es posible ser hijos a semejanza del Padre. Él nos libra del torpor de la resignación y del egoísmo y nos dice con fuerza que amar al enemigo y rezar por quien nos persigue está a nuestro alcance, que podemos extirpar la violencia de nuestro corazón perdonando las ofensas, que nuestra generosidad puede superar la lógica económica del simple intercambio.

2. Sed hijos del Padre vuestro que está en los cielos. Jesús pide este estilo de vida singular y revela así que los hombres están destinados precisamente a estas sublimidades. Confía en la enseñanza que las familias, por designio de Dios, son capaces de ofrecer en el camino de su amor.

En la familia se educa a decir «gracias» y «por favor», a ser generosos y a estar disponibles, a prestar las propias cosas, a prestar atención a las necesidades y a las emociones de los demás, a considerar las fatigas y las dificultades de quien tenemos cerca. En las pequeñas acciones de la vida cotidiana el hijo aprende a establecer una buena relación con los demás y a vivir compartiendo.

Promover las virtudes personales es el primer paso para educar a las virtudes sociales. En la familia se enseña a los pequeños a prestar sus juguetes, a ayudar a sus compañeros de clase, a pedir amablemente, a no ofender a quien es más débil, a ser generosos en los favores. Para esto los adultos se esfuerzan en dar ejemplo de atención, dedicación, generosidad, altruismo. Así la familia se convierte en el primer lugar donde se aprende el sentido más verdadero de la justicia, de la solidaridad, de la sobriedad, de la

sencillez, de la honradez, de la veracidad y de la rectitud, junto a una gran pasión por la historia del hombre y de la ciudad en la que vive, la *polis*.

Los padres, como José y María, se asombran al ver que los hijos afrontan con seguridad el mundo adulto. Los hijos muestran a veces que pueden ser maestros sorprendentes también para los adultos: «Le encontraron en el Templo sentado en medio de los maestros, escuchándoles y preguntándoles; todos los que le oían, estaban estupefactos por su inteligencia y sus respuestas» (Lc 2, 46-47). Como la familia de Nazaret, ***cada familia entrega a la sociedad, a través de sus hijos, la riqueza humana que ha vivido***, incluida la capacidad de amar al enemigo, de perdonar sin vengarse, de gozar de los éxitos de los demás, de dar más de lo que se nos pide...

También en la familia, de hecho, hay divisiones y laceraciones, también en ella surgen enemigos, y el enemigo puede ser el cónyuge, el padre, el hijo, el hermano o la hermana ... Sin embargo, en la familia, amamos, deseamos sinceramente el bien de los demás, sufrimos cuando alguien está mal, aunque se haya comportado como un «enemigo», rezamos por quien ha ofendido, estamos dispuestos a renunciar a nuestras cosas con tal de hacer felices a los demás, comprendemos que la vida es bella cuando se da por el bien de los demás.

La familia constituye la «célula primera y vital de la sociedad» (FC 42), porque en ella se aprende cuán importante es el vínculo con los demás. En la familia nos damos cuenta de que la fuerza de los afectos no puede permanecer confinada «entre nosotros», sino que está destinada al horizonte más amplio de la vida social. Los afectos, si se viven sólo dentro del pequeño núcleo familiar, se consumen y en lugar de dilatar el respiro de la familia, acaban por sofocarlo. Lo que hace vital a la familia es la apertura de los vínculos y la extensión de los afectos que, de lo contrario, encierran a las personas en jaulas mortificadoras.

3. Tu Padre... ve en lo secreto. La custodia de los vínculos y de los afectos familiares está más garantizada cuando somos buenos y generosos con las demás familias, atentos a sus heridas, a los problemas de sus hijos aunque sean distintos de los nuestros. Entre padres e hijos, entre marido y mujer, ***el bien aumenta en la medida en que la familia se abre a la sociedad***, prestando atención y ayuda a las necesidades de los demás. De este modo la familia adquiere motivaciones importantes para desarrollar su función social, convirtiéndose en fundamento y principal recurso de la sociedad. La capacidad de amar adquirida supera a menudo las necesidades de la propia familia. La pareja está disponible para el servicio y la educación de otros muchachos, además de los suyos: también de este modo los padres llegan a ser padres y madres de muchos.

«Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial»: la perfección que acerca a las familias al Padre que está en los cielos es ese «algo más» de vida que se ofrece más allá del propio núcleo familiar, una huella de ese amor superabundante que Dios infunde en sus criaturas.

Numerosas familias abren la puerta de casa a la acogida, se hacen cargo del malestar y de la pobreza de los demás, o simplemente llaman a la puerta de al lado para preguntar si necesitan ayuda, regalan algún vestido todavía en buen estado, hospedan a los compañeros de clase de sus hijos para hacer los deberes... O también, acogen a un niño que no tiene familia, ayudan a mantener el calor familiar donde ha quedado sólo el papá o sólo la mamá, se asocian para sostener a otras familias en las miles dificultades actuales, enseñando a los hijos el recíproco apoyo con quien es diferente por raza, lengua, cultura y religión. Así hacemos que **el mundo sea más hermoso y habitable** para todos y se gana en calidad de vida, a beneficio de toda la sociedad.

No es casual que el texto evangélico, después de la llamada a la perfección, trate de la limosna, que en los tiempos antiguos, en una economía de subsistencia, era un modo para redistribuir los recursos, una práctica de justicia social. Jesús exhorta a no buscar el reconocimiento de los demás, usando al pobre para ganar prestigio, sino actuar en lo secreto. En lo secreto del corazón el encuentro con Dios confirma la propia identidad de hijo, tan semejante al Padre; una meta alta, aparentemente inalcanzable, que sin embargo gracias a la vida en familia es más cercana.

E. Escucha del Magisterio

La familia aporta como don a la sociedad el precioso fruto del amor gratuito que se muestra con la dulzura, la bondad, el servicio, el desinterés y la estima recíproca. Por otra parte, como muestra el siguiente fragmento de la Familiaris Consortio, la enseñanza magisterial siempre ha querido poner de relieve que la familia, además de ser la escuela de los afectos, se connota como la «primera escuela de virtudes sociales». En efecto, posee una específica y originaria dimensión pública, que influye positivamente en el buen funcionamiento de la sociedad y en la estabilidad de los vínculos sociales.

La tarea social de la familia

La familia posee vínculos vitales y orgánicos con la sociedad, porque constituye su fundamento y alimento continuo mediante su función de servicio a la vida. En efecto, de la familia nacen los ciudadanos, y estos encuentran en ella la primera escuela de esas virtudes sociales, que son el alma de la vida y del desarrollo de la sociedad misma. Así la familia, en virtud de su naturaleza y vocación, lejos de encerrarse en sí misma, se abre a las demás familias y a la sociedad, asumiendo su función social.

La misma experiencia de comunión y participación, que debe caracterizar la vida diaria de la familia, representa su primera y fundamental aportación a la sociedad. Las relaciones entre los miembros de la comunidad familiar están inspiradas y guiadas por la ley de la «gratuidad» que, respetando y favoreciendo en todos y cada uno la dignidad personal, como único título de valor, se hace acogida cordial, encuentro y diálogo, disponibilidad desinteresada, servicio generoso y solidaridad profunda.
[**Familiaris Consortio**, 42, 43]

F. Preguntas para la pareja de esposos y para el grupo

PREGUNTAS PARA LA PAREJA DE ESPOSOS

1. ¿Qué valores aprenden nuestros hijos de nuestro modo de vivir?
2. ¿Qué atención presta nuestra familia a la vida social?
3. ¿Qué ayuda ofrecemos a los pobres y a los necesitados?
- 4.

PREGUNTAS PARA EL GRUPO FAMILIAR Y LA COMUNIDAD

1. ¿Cuáles son las necesidades más urgentes en nuestra comunidad?
2. ¿Qué podemos hacer en favor de quien se encuentra en condición de necesidad?
3. ¿A qué familias podemos ayudar? ¿Cómo?

G. Un compromiso para la vida familiar y social

H. Preces espontáneas. Padre Nuestro

I. Canto final